

El último capítulo sintetiza el recorrido del ensayo y ofrece al lector las conclusiones de esta original relectura de la parte de la moral fundamental de la *Summa Theologiae* que ha realizado el autor.

El brillante prólogo realizado por el Prof. Juan-José Pérez-Soba contextualiza con precisión el ensayo, y de este modo ofrece una clave de lectura que la hace mucho más provechosa. Las tres carencias fundamentales que apunta el profesor de Teología Moral de la madrileña Facultad de S. Dámaso, –la ausencia de un estudio del acto humano, el silenciamiento acerca de la originalidad del conocimiento práctico y la falta de un concepto de virtud más sólido–, no empañan el valor del estudio. La obra es, por tanto, muy recomendable a todos aquellos que deseen una asequible introducción a la ética.

JUAN DE DIOS LARRÚ RAMOS

J. M. SÁNCHEZ CARO (ed.), *Donde la luz es Ávila. Olegario González de Cardedal* (Ávila, Excelentísimo Ayuntamiento de Ávila, 2003) 418 pp.

En el año 2001, el Ayuntamiento de Ávila concedió el Premio Nacional de las Letras “Teresa de Ávila” –en su cuarta edición– a uno de nuestros más destacados teólogos: Olegario González de Cardedal. El presente volumen es el resultado del cumplimiento de uno de los requisitos de dicho premio, que consiste en la publicación de una antología de los escritos del autor premiado. En ella se debe incluir, como póstico, el discurso de recepción del galardón que en esta ocasión versó sobre el tema: *Teresa de Jesús: mística, fundadora y escritora*. En anteriores ediciones, el premio fue concedido a Gonzalo Santoja, Antonio Piedra y Fernando Arrabal.

La edición del texto ha estado al cuidado de José Manuel Sánchez Caro, amigo y compañero del homenajeado en la Universidad Pontificia de Salamanca. La presentación del libro tuvo lugar en la Casa de las Carnicerías, a los pies de las murallas de Ávila, el pasado 27 de Febrero del presente año. En ella, además del autor y del editor, estuvieron presentes las autoridades municipales y el Sr. Obispo, recién llegado a su nueva sede, junto al numeroso público que llenaba la sala donde se celebró el acto.

D. Olegario González de Cardedal es un sacerdote y pensador de sobra conocido por todos en el ámbito de los estudios teológicos, y no necesita presentación pero, al estar el volumen dedicado a un público más amplio, el trabajo se inicia con una semblanza biográfica y una somera exposición –a cargo del propio editor– de las aportaciones y significación de la obra del autor abulense. Tras recorrer los hitos biográficos y bibliográficos más significativos del ilustre teólogo, se señalan algunos de los indudables méritos y logros del conjunto de sus trabajos. Entre ellos se destaca la capacidad de diálogo –desde la fe– con la cultura europea y, especialmente, la española; la preocupación por el lugar de la teología en el conjunto del saber humano como una “ayuda del rigor de la razón a descubrir el significado de la fe cristiana” (p. 22); la

inquietud por la circunstancia concreta e histórica de la vida de la Iglesia y la sociedad y, por fin, y no como aspecto menos importante, su voluntad de estilo. En el mismo acto de presentación del volumen, el propio Olegario insistió en una profunda convicción que siempre ha animado su pluma: el lenguaje en que expresamos una realidad ha de estar a la altura de esa misma realidad. Por eso, la labor del teólogo, que es precisamente “quien intenta proferir una palabra sobre Dios” (p. 9), no puede por menos que expresar y recoger, como en un pálido reflejo y en la escasa medida de las posibilidades del lenguaje humano, la belleza de la realidad referida –que no es otra, en este caso, que el mismo Ser divino–. Por eso, la cualidad estética del lenguaje en el que se expresa la teología no puede ser, al decir del teólogo de Cardedal, ni descuidada ni preterida. Es una profunda reflexión que debería no olvidarse en los ambientes teológicos académicos.

La obra está estructurada en tres secciones que recogen algunos de los escritos significativos del autor sobre los temas de los que se ocupa cada una de ellas. La primera está dedicada a *La Mística y sus cumbres* y, como no podía ser de otra manera en un sacerdote y teólogo abulense, en ella se ocupa de las dos grandes figuras imprescindibles en el contexto de la mística castellana: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El primero de los textos recogidos es, como indicaba anteriormente, el discurso de recepción del Premio. En él se da cuenta de la continua presencia de la Santa de Ávila en la vida personal y en el quehacer teológico del autor, la impronta perenne en su identidad y circunstancia abulense, pasando por el aprendizaje del alemán de la mano de una biografía de una hija suya –Edith Stein– hasta su costumbre de visitar los conventos carmelitas de aquellas ciudades a las que sus estudios o tareas le conducían.

Asimismo, en el propio discurso, se deja constancia de la peripecia intelectual que le supuso, partiendo de una formación espiritual y teológica profundamente enraizada en la mística española –aprendida de sus formadores en el Seminario de Ávila– (especialmente de sus dos grandes maestros en él: Don Alfonso Querejazu y Don Baldomero Jiménez Duque), el enfrentarse a la “confrontación, verificación y acreditación de la mística en nuestro siglo” (p. 47). La lectura protestante de la Biblia (métodos y exégesis histórico-críticos), la metafísica de Occidente (con figuras como Heidegger) y la religiosidad oriental son los referentes críticos con los cuales se ha debatido la experiencia mística en la pasada centuria. Ante ello el autor afirma: “Yo leo hoy a los místicos abulenses Teresa de Jesús y Juan de la Cruz después de dar un largo rodeo. Ya no me es posible la inmediatez ingenua porque el pensamiento humano ha sondeado crítica y metódicamente en aquellas realidades de las que ellos hablan por experiencia, sin explicitar en qué medida su palabra y existencia implican una comprensión de la realidad, es decir, una metafísica, una comprensión de la historia y conocimiento humanos” (p. 47). Pero lo que a alguno le pueda parecer escrúpulo intelectual de un académico, no es sino la responsabilidad de una razón creyente que no conduce a cuestionar la validez de la experiencia mística, sino a asumir su comprensión en el conjunto de la experiencia humana tal como hoy la entendemos. Por ello no obsta que el mismo Olegario, acabe afirmando unas páginas más adelante: “por estos meandros y tras estos largos rodeos, con esta inflexión reflexiva, vuelvo yo

a leer hoy ingenuamente, cordialmente, a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz” (p. 49). La razón crítica no niega, sino que matiza.

En otro de los artículos recogidos en esta primera parte de esta pequeña antología, *Santa Teresa: oración, mística y modernidad*, el autor reflexiona con enjundia sobre la centralidad de la oración y la contemplación en la vida cristiana —“la oración como entraña del cristianismo” (p. 74)— a partir de la experiencia de los místicos castellanos y de su aportación a la configuración de la identidad del catolicismo postrirentino. En el más extenso de los dedicados a San Juan de la Cruz, *Memoria, Misterio y Mística*, se lleva a cabo una profunda meditación sobre la experiencia mística de la mano del Santo, ahondando en la dimensión de vaciamiento y anonadamiento como condición de posibilidad del encuentro con Dios. Pero esto, subraya atinadamente el autor, no se da a partir de un ascetismo desencarnado e inhumano, porque no es la búsqueda voluntarista de Dios por parte del hombre lo que hace posible dicho encuentro, sino la libre iniciativa de Él que amorosamente hace real el hecho de que “la entraña del hombre está tocada por Dios y ese ‘toque’ (en palabras sanjuanistas) remueve su entero ser y enciende sus entrañas de tal forma que nada fuera de Dios le es suficiente en su existencia” (p. 101). Por eso, le parece un grave error anteponer la lectura de los escritos *Subida y Noche* a la del *Cántico Espiritual*: “me parece invertir la lógica interna del cristianismo y la lógica interna del propio San Juan de la Cruz” (p. 119). En efecto, la ascesis exigida en las dos primeras obras “tiene sentido a la luz de la gracia y de la gloria vislumbradas en *Cántico*” (*ibíd.*). Y, por desgracia, esta deformación del espíritu sanjuanista no ha sido infrecuente en la hermenéutica de su pensamiento, reflejada en la propia disposición de sus escritos en muchas ediciones de sus obras completas.

Otra reflexión muy interesante en la que D. Olegario insiste, tanto aquí como en su magisterio verbal, es que en la *Noche* encontramos una contestación muy sólida a la crítica moderna de la religión. La lejanía aparente —en ocasiones— de Su presencia (la ausencia del Amado), “la aniquilación de toda suavidad en Dios”, que diría el propio San Juan de la Cruz y la necesidad para el espiritual de caminar en la fe “pura y desnuda” muestran como la madurez religiosa del creyente ha de encontrar a Dios más allá de sus propios cálculos, deseos, utilidades, expectativas íntimas de la vida espiritual insatisfechas o proyecciones. Porque, en definitiva, Dios es mucho más grande que todo ello y lejos de someterse a nuestros condicionamientos, se muestra a los que se dejan conducir más allá de sus propios dinamismos para sumergirse en el abandono confiado del “saber no sabiendo, toda ciencia trascendiendo”.

La segunda sección de escritos, *La Geografía y sus hombres*, repasa una significativa galería de personajes relacionados con la ciudad de Ávila. Se trasluce una voluntad de comprender y, a la vez, un profundo respeto hacia las opciones vitales de cada conciencia especialmente, en el primero de ellos: el dedicado al filósofo G. Santayana. Pensador, nacido en Ávila, pero que pronto emigró a EEUU, docente en Oxford, Harvard y, finalmente, residente en Roma, tuvo siempre como referente ineludible su ciudad natal. Sin embargo, a ambos les separa la comprensión de lo religioso, que para Santayana, a pesar de su profundo respeto y admiración por el catolicismo, es una manifestación cultural más de la vida humana, entendida ésta siempre desde un punto de vista materialista. La voluntad de entender también se deja traslucir en la

valoración de la trayectoria personal de J. L. Aranguren, objeto de otro de los artículos. El resto de ellos, dedicados a Alfonso Querejazu, Baldomero Jiménez Duque, Romero de Lema y Adolfo Suárez, son fruto del cariño, el aprecio y la amistad cercana que el autor profesó y profesa a estos personajes (algunos ya fallecidos y otros que todavía viven).

La segunda parte de esta segunda sección es una muestra de la apropiación de la “circunstancia”, en sentido orteguiano, vivida y vivenciada por el autor. Sus orígenes rurales y lo que ello significa en su ser, obrar y pensar, así como la evocación y reivindicación de los valores de la austeridad y el afán de superación de los que, como él, salieron del terruño para abrirse paso en la vida sin haber contado con nada; todo ello junto con la preocupación por el destino de Castilla y sus hombres, la necesidad de redimir una tierra tan maltratada, la educación, etc., son los temas, tratados con atractiva belleza literaria (léase, por ejemplo, la lírica traducción y comentario del texto de Heidegger: *El camino del campo. El hombre del campo*), con los que se culmina este segundo gran apartado.

La última, *La Teología y sus quehaceres*, es un hondo, profundo y sentido testimonio de fe de un hombre que se ha sentido llamado, como vocación humana y divina, a realizar un servicio a la Iglesia y al mundo desde la razón creyente, desde la reflexión teológica. Es una reivindicación de la labor del teólogo, de su lugar y misión en el conjunto del Pueblo de Dios, desde la conciencia realista de la dificultad de la tarea de que se ocupa: el Misterio de Dios. Es fácil percibir, en los escritos que se agrupan en los epígrafes *La Vocación del teólogo* o *Dios en el centro*, que Olegario González de Cardedal entiende la teología, en un rasgo de autenticidad y honestidad, como algo en lo que la propia experiencia creyente está implicado de manera personal y plena y no solamente como algo distante y distinto del estudioso.

El debate íntimo, interno, con el que el hombre de fe se encuentra a veces frente a las perplejidades, contradicciones y oscuridades de la vida se trasluce en su quehacer teológico. Y ello es de agradecer, puesto que una teología desencarnada, sin “la mordedura de lo real” (G. Marcel) se quedaría en un discurso abstracto y cosificante de la fe y la realidad a la que refiere. Si el pensar teológico es la inteligencia de la fe y la fe camina *ex umbris et imaginibus ad veritatem* (como reza el epitafio del gran Cardenal Newman), la teología no puede por menos que traslucir en su inquisición los interrogantes profundamente humanos con los que nos encontramos en el camino. Pero —como hace nuestro pensador— no para quedarnos en ellos, sino para descubrir en el Amor de Dios la respuesta a esas inquietudes del corazón humano. Esta visión gozosa, esperanzada, es la que se muestra en el epígrafe *Jesucristo en el corazón del mundo*, a través de una bella meditación sobre la *Pasión de Dios*, en un primer apartado, y sobre la *Resurrección y Ascensión* en otro. En ambas se ahonda con actitud contemplativa en la reflexión sobre el misterio de un Dios que “se asocia a la forma de existencia de los seres que creó. Al hacer Alianza con ellos se compromete a ser solidario de su suerte como seres libres” (p. 325), para testimoniar que “todas nuestras humanidades encontrarán albergue en él (‘si quieren’), porque él como cabeza introduce tras sí a todo el cuerpo y como pionero a toda la caravana” (p. 338).

El último apartado de la tercera sección, *La Humanidad y la Iglesia como responsabilidad*, nos muestra a un intelectual que no se desentiende de las preocupaciones

e inquietudes de su tiempo: las consecuencias del olvido de la comprensión cristiana del hombre, la necesidad de detener la debilidad del pensamiento y la degradación de la educación, el conflicto Occidente-Islam, el atentado del 11 de Septiembre contra las Torres Gemelas... son buena prueba de ello.

En definitiva, un hermoso libro (no solo por su contenido, sino también por su bella y cuidada presentación, aunque sean una pena las numerosas y llamativas erratas tipográficas y los descuidos a la hora de nombrar a algunos autores), que recoge el pensamiento y la experiencia de un creyente y teólogo que quiere estar a la altura de su época y que muestra la capacidad de la fe para dialogar con el mundo de hoy y fecundar e iluminar sus incertidumbres. A pesar de no ser una antología propiamente académica, en ella se puede descubrir al teólogo de raza, a la vez que al hombre, al creyente y al ciudadano de su tiempo. Es una buena aproximación a la obra y la figura de D. Olegario González de Cardedal, y de paso un homenaje a la labor teológica y a la ciudad de Ávila, que merece la pena leer. Incluye, además, una oportuna enumeración de todos sus escritos y colaboraciones, que ayuda a caer en la cuenta del amplio abanico de sus preocupaciones y la fecundidad de su trabajo. Esperemos que el libro no pase desapercibido al ser una edición no comercial y sin una amplia distribución y difusión.

GABRIEL ALONSO

R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo* (Madrid, Cristiandad, 2002) 360 pp. ISBN 84-7057-466-3

Ediciones Cristiandad reedita en un mismo volumen, en la colección *Obras Selectas y Homenajes*, dos obras significativas de Romano Guardini. Ambas ya habían salido a la luz anteriormente en la antigua colección de bolsillo de la editorial (Epifanía, nn. 38 y 16) y, sin duda, es un acierto editorial volver a hacerlas accesibles en pequeño formato al público de habla castellana. Esta publicación es oportuna porque la primera obra se ha convertido en un libro de referencia de la teología del siglo XX y la segunda, a pesar del paso del tiempo, no ha perdido un ápice de actualidad (lo que ocurre con autores, como Guardini, que se convierten en clásicos).

Respecto a *La esencia del cristianismo*, hay que decir que se inscribe en la larga tradición de ensayos de teólogos y pensadores que han abordado la ardua tarea de reflexionar sobre cuál sea la entraña última de la fe cristiana (Feüerbach, Harnack, Adam, Guardini, González de Cardedal –recientemente– entre nosotros, etc). El ensayo, escrito en 1929, era inicialmente una introducción metodológica a otras dos obras del autor, *La imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento* y *El Señor*. Pero no hay duda de que, con el transcurrir de los años, ha cobrado vida propia como un análisis certero del núcleo de la religión cristiana.

Durante toda su vida Guardini estuvo preocupado por determinar con precisión la esencia del espíritu cristiano y diferenciarlo claramente de cualquier deformación o